

Picasso, y al final una Pregunta...

Picasso es un árbol viejo—un olivo, una vid— que tiene sus violentas raíces clavadas en el mediterráneo. Por eso le brotan caballos árabes y toros hispanos, altamiranos, en el París del lodoso Sena y las gabarras de carbón.

Nació en Málaga el año del Señor de 1881, el 25 de Octubre, cuando la brisa salada del mar comienza a volverse fría y áspera. Su casa paterna era alegre y hospitalaria. Una especie de pajarera donde en todos los patios se oía el zurear de las palomas. Ellos fueron sus primeros modelos; lo cual explica su predilección por los pájaros. Pasó su primera juventud en Barcelona; caminó por las ramblas y observó sus barrios de miseria.

Era serio, silencioso, trabajador. A los quince años tenía ya su estudio. A los dieciséis recibió una mención en la Exposición de Bellas Artes de Madrid y entró en los cursos superiores de la Real Academia de San Fernando. Pintó cuadros de color azul con mendigos encogidos y guitarristas angulosos.

En los primeros años de Barcelona y París, donde se instala permanentemente el año 1904, se inspira aún en formas e imágenes precisas y todas sus primeras obras son de un expresionismo donde el fuego de España se fusiona con la mordiente crueldad de Lautrec y Steinlen, o con el lirismo de Van Gogh.

En este período azul las telas de Picasso están marcadas por la tristeza pues en ese entonces Picasso cree —para citar una expresión de Jaime Sabartés— que “el arte es hijo de la Tristeza y del Dolor”.

Picasso no tardó en despojar a sus personajes de sus harapos como para verles mejor el alma y pinta la tristeza de esos arlequines, payasos y jóvenes de la época “rosa”. Es una tristeza serena, reposada y por lo tanto más honda y más hiriente. En sus cuadros de “jóvenes” el color es casto y sencillo. El fondo es de arcilla plástica y sedosa, esa misma arcilla de la que nacían las ánforas de la Hélade... y sobre ese fondo, como por un milagro, emerge la arcilla humana de la juventud. Es un grado no más de luz lo que separa las figuras de los muchachos pensativos de su fondo primitivo, un grado de luz que supone un genio creador, un artista que les infunda vida.

En estos cuadros Picasso es simple y simple debe ser la crítica que los estudie. Son tan sólo una palabra íntima, sobria, bien pronunciada. No hay prótesis ni apódosis. Todo está dicho. Otros cuadros sufren el desdoblamiento del estudio: se trazan diagonales, que los dividen en triángulos de luz y sombra, se contrapesan sus

partes y se habla de su balance; se les priva del color para analizar el esquema, la composición etc. Aquí se trata solo de ver con ojos sencillos, con mirada larga pero única. Sus ojos vivarachos, que hoy día conserva como dos centellas en su rostro curtido, descubren el mundo africano y se alborotan al ritmo de las decoraciones de las máscaras negras y de la escultura formal de esos pueblos primitivos. Entusiasmado con el arte negro pinta “Las doncellas de Aviñón” que causan escándalo. Pero poco le importa a este hijo terrible de España el escándalo de los académicos y de los gustos aburguesados.

Vlaminck se atreve a decir que una escultura negra era casi tan bella como la Venus de Milo... Picasso no duda en añadir... pero si es más bella...”

Al fin de 1906 la escultura negra y los cuadros y aforismos de Cezanne le orientan hacia el cubismo. Espíritu inquieto está listo para asimilar sin cesar las ideas de otros y a sobrepasarlas. Hojas de viejos periódicos se transforman en sus manos a fuerza de tijera y cola en bellas composiciones de frutas, violines y copas de cristal. En sus cuadros cubistas, a pesar de la influencia de Cezanne, sigue Picasso siendo fuertemente español y su cubismo surge de la misma estructura del paisaje de su patria, con sus casas de techos regulares.

Visita Italia y le impresiona fuertemente el arte clásico. En Roma crea para el Ballet ruso la puesta en escena de “Parade” en 1917.

Después de la guerra Picasso retorna al realismo. Es el período de las maravillosas mujeres de carnavales y apasionados párpados, saturadas del don de la maternidad. Constituyen en opinión de algunos lo mejor de la obra picasiana.

Por el año 1924 vuelve a las telas abstractas pero con un sentido más agudo de la composición y de los valores decorativos.

La versatilidad de Picasso mezcla y se adueña de las influencias más opuestas: Frandía, España, la Italia clásica y la renacentista, y Rusia. Todo se funde ante la apasionada personalidad de Picasso y el producto es algo vivo, nuevo, universal en tiempo y espacio y que lo deja a uno con la espectación de una nueva era. No sólo, cambia la modalidad sino también juega con el medio de expresión: él es escultor, gravador, y ahora hace platos y jarrones de barro, donde el vino añejo toma el gusto de sus dibujos ligeros, diabólicos, mitológicos. Siempre en busca—con perdón de Picasso— de nuevos horizontes. Picasso dice que no puede entender por qué se le da tanta importancia a la palabra “búsqueda” en la pintura moderna. El pintor dice “no tiene que ver nada con buscar y sí mucho y solamente con “encontrar”. De los muchos pecados que se me ha hecho cargo ninguno tiene menos justificación que aquél de decir que el espíritu de búsqueda es el elemento más im-

portante de mi trabajo. Cuando yo pinto me pongo a indicar lo que he encontrado y no lo que estoy buscando. En arte el querer no es bastante. Como decimos en España: el amor se prueba con obras y no con palabras: obras son amores y no buenas razones..." "lo que un hombre hace es lo que cuenta... No lo que intenta hacer..." Así nos habla el sentido común del maestro malagueño. "la idea de búsqueda— sigue conversando— ha conducido con frecuencia a la pintura al error y ha forzado al artista a infructuosas lucubraciones. Quizá sea esta la mayor falta del arte moderno. El espíritu de investigación ha envenenado a todos aquellos que no agarran de lleno los elementos positivos y fundamentales del arte moderno; porque ese espíritu los ha conducido a querer pintar lo invisible y por lo tanto lo impintable..."

No vamos a discutir con el viejo maestro sus propias ideas. Lo cierto es que al tocar su pincel un lienzo o sus dedos un pedazo de barro surge mágicamente un mundo de luz y de poesía fresca, nueva, a veces salvaje.

Picasso es muy prolífico—andan por el mundo más de diez mil obras suyas— y produce con tanta facilidad como respira. Se acuesta muy tarde y se para ya muy entrado el día; pasa la jornada en una especie de trance febril. Se concentra al trabajar en un mutismo absoluto y así pinta, esculpe y hasta escribe poemas. Su silencio al trabajar no es un silencio egoísta sino algo que le ayuda a oír los ecos del mundo como el niño escucha las profundidades del mar en el caracol de la playa. Así como un profeta angustiado, recoge él los ecos del dolor humano en su terrible cuadro de "Guernica". Los rostros en este cuadro arrancan de la mejor tradición de la imaginería barroca española. Dolor sin tapujos y exaltación de un martirio tenebroso. Maternidad herida. Esas madres ricas y llenas que pintó en 1919 amamantando con gozo sus criaturas han sido ametralladas... "Guernica" no es sólo el cuadro de una ciudad que se incendia y se destruye, es una protesta violenta contra la guerra, es una lamentación de Job, una pregunta llena de humanidad y de teología ante el negro problema del dolor? fatalidad...? Providencia misteriosa...? En audaz composición de blanco, negro y gris Picasso deja escrita su pregunta.

Durante la guerra de 1940 Picasso no deja de trabajar. Vivió en Royan y París, pero no

abandona su mediterráneo. El mar de los viñedos y de las razas visionarias, de explotadores aventureros, como Picasso.

Los museos de todo el mundo tienen cuadros del octogenario: bellas composiciones espaciales y de color que se ajustan a una realidad física, profunda, más que a la pasajera apariencia visual siempre parcial y engañosa. Llevado por su sinceridad, a veces destroza los modelos como el geógrafo desgaja la tierra para dibujar su mapa.

Así Picasso, brujo, mitológico, español; duro y viejo tronco que de blanda resina y sabrosas pomos lo llena todo con su dibujo ligero y fácil... hecho gracia de arabesco. No ha habido en el mundo un dibujante mejor. Tiene ojos de mago para el color y manos de genio para dar solidez a esas estructuras de luz que él levanta en sus telas.

Viejo ya, sigue siendo sincero y audaz (dos cualidades juveniles) para llevar al lienzo, al bronce o a los platos de arcilla todo lo bello o trágico que su inspiración ilumina en su interior.

Y con todo, siempre queda ante la magnitud de su obra una pregunta que inquieta.

La pintura de Picasso, es desconcertante porque no nos llega su palabra definitiva. No sabemos si esperarla en un lienzo o en cerámica; en bronce o en estuco. Ni siquiera sabemos si la dirá.

Descansará en la vejez de sus cabriolas faunicas y pintará su "obra"?... Se entregará por fin en cuerpo y alma a la pintura total como se entregó Goya, o Velazquez en sus cuadros...? Lo vemos siempre como riéndose de nosotros detrás de un árbol cuando nosotros vamos a gustar su último engaño. Serpiente del paraíso. Por qué no se entrega Picasso?... No llega el arte a calar todo su ser para producir esa obra maestra total, definitiva para nosotros, agotadora y exhaustiva para él? Ha jugado con el arte dándole toda clase de pases sin herir ni ser herido. Se acabará todo en ese malabarismo de formas y colores que ha ofrecido sin cesar a nuestro asombro? O nos sorprenderá al final de su trayectoria estelar con la bella explosión de su obra definitiva...? En sus manos queda la respuesta.

J. M. LASARTE, S. J.